

**El Mito del Desarrollo: Economía y Significación Imaginaria del  
Capitalismo<sup>[1]</sup>**

**FABIO GIRALDO ISAZA**  
**Economista e Investigador**

Fecha de recepción: 15 de Mayo de 2006  
Fecha de aprobación: 29 de Junio de 2006



## RESUMEN

Este artículo contiene una disección de la realidad actual de la sociedad capitalista, el rumbo que esta ha tomado en dirección a convertir el libre mercado en el epicentro de toda actividad humana, reduciendo la democracia, la política, la sociedad, la economía y la psiquis individual y colectiva a postulados eficientistas, que hacen desaparecer cualquier axiología, imponiendo así *el vacío* : el "goce" ebrio, la ganancia especulativa, el modelo formal sin contrastación real, el sometimiento tributario a las *mass media*; en fin, la depredación del contrato social gracias a la invasión de la psiquis por el *sin sentido* del economicismo concentrador.

**Palabras Clave:** Significación imaginaria, libre mercado, economía especulativa, globalización, complejidad restringida, entropía, autoorganización, bifurcación, crisis de creación, inequidad.

## ABSTRACT

This article contains a dissection of the present reality of the capitalist society, the course that this has taken in the direction of turning the free market the epicenter of all human activity, reducing the democracy, the policy, the society, the economy and psiquis individual and collective to eficientistas postulates, that make disappear any axiollgy, imposing therefore the emptiness: the "enjoyment" ebrio, the speculative gain, the formal model without real contrast, the tributary submission to mass average; in short, the depredation of the social contract thanks to the invasion of psiquis for without sense of the economicismo the concentrator.

**Key words:** Imaginary meaning, free market, speculative economy, globalización, restricted complexity, entropy, autoorganización, bifurcation, crisis of creation, inequidad.

*“A lo sumo la ciencia puede aportar los medios por los cuales se pueda acceder a ciertos fines...tendremos que guardarnos muy bien de otorgar excesiva validez a la ciencia y los métodos científicos cuando están en juego problemas humanos” Albert Einstein[2]*

## 1. INTRODUCCIÓN

Desde hace más de 20 años y con especial fuerza, después de la caída del muro de Berlín, se ha venido enfatizando en la necesidad de liberalizar las fuerzas del mercado y globalizar los aspectos de la vida social como único camino para alcanzar crecimiento, eficiencia, justicia y equidad; la democracia política y la libertad económica realmente existentes, fueron consideradas como dos aspectos de un mismo proceso, sin consideración de la estructura social vigente para su implementación y solidez.

Recientemente, en varios lugares de Latinoamérica y del mundo, los procesos políticos han venido cuestionando los resultados de esta visión. Múltiples estudios de la Comisión Económica para América Latina y el Caribe – CEPAL- han mantenido durante muchos años, sin lograr mayores resultados, la siguiente preocupación: desarrollar una economía capaz de crecer y de funcionar mejor, en la que aumenten tanto la productividad como el bienestar de la población, y donde los frutos del crecimiento se distribuyan de forma más equitativa[3].

Todas estas críticas se encaminan a un mismo lugar: las sociedades de la abundancia prometidas por el neoliberalismo estaban construidas por un grupo de teorías simplistas y su fundamentalismo de mercado erosionó las solidaridades más elementales, llevando a la mayoría de las sociedades a niveles de pobreza relativa e inequidad sin antecedentes. Las diferencias de ingresos se han multiplicado y las tensiones distributivas han creado un ambiente convulsionado que empieza a reclamar nuevos enfoques, donde el pluralismo en las políticas económicas y en la conducción de naciones y territorios se ha puesto a la orden del día.

Vivimos en una gran transformación a nivel global; una mutación antropológica y por lo tanto cultural, basada en la incorporación masiva de las tecnologías informáticas y comunicativas, en la descentralización productiva y la creación de la empresa en red, así nos lo indican; dicho proceso viene acompañado de una reestructuración de los principales mercados de la sociedad: el del trabajo, que en forma acelerada marcha hacia la flexibilización y hasta el momento, la precarización de la existencia de millones de personas; y el financiero y de capitales que han establecido un desorden global controlado por un grupo de empresas multinacionales que operan como si se tratara de un “congreso virtual” sin ningún control y regulación, conducido por poderes con nula legitimidad democrática, formado por los inversores y prestamistas que deciden efectivamente la política social y económica mediante la fuga de capitales, los ataques a la tasa de cambio, y demás procedimientos proporcionados por la estructura económica global diseñada por ellos mismos en los últimos años.

La “soberanía” ha quedado condicionada para decidir sobre la macroeconomía, dejando a una proporción no despreciable de los bienes públicos en manos de “congresistas virtuales”, llamados mercados, pero que deciden en últimas los márgenes, intensidades y ritmos de la globalización tecnoinformática en curso. Los políticos ganan las elecciones con programas de desarrollo y lucha contra la pobreza y una vez instalados en el gobierno impulsan programas de ajuste económico en contravía de los intereses de las mayorías; más aún, los criterios de optimización de beneficios se imponen por encima de consideraciones que garanticen una adecuada prestación de servicios a las mayorías más débiles, dejando ver, en cierta forma, la incompatibilidad lógica entre asignar eficientemente un recurso económico y hacerlo con equidad.

Las dimensiones esenciales de la sociedad – política, económico-social, estético-cultural - y sus desarrollos, se han elevado por encima de los estados ignorando las divisiones político-administrativas establecidas en los territorios, que al ser transportadas por los medios de comunicación, las nuevas tecnologías informáticas y por las redes económicas y los flujos de personas, han convertido la sociedad mundial en un río dinámico e intenso de interacciones y conexiones múltiples, haciendo que el mundo entre en los territorios, volviéndose parte de la vida cotidiana de sus habitantes. Esta realidad, donde cualquier hecho o decisión política o económica nos llega con rapidez y fuerza, es la que denominamos genéricamente con el término de “globalización”.

Ya no es el fantasma del comunismo quien recorre Europa[4]. Hoy es el fantasma de la globalización quien recorre el mundo. Una aceleración sin precedentes en los fenómenos económicos, una revolución tecnológica que mundializa los mercados financieros frente a unos mercados de bienes y servicios o al mercado de trabajo, los cuales lo hacen de una forma más lenta y parcial; una incesante conmoción en todas las dimensiones de la sociedad. Miedo, pánico y terror han invadido la vida del ser humano y una indiferencia por los asuntos públicos acompañada de una creciente abulia espiritual, insinúan la posibilidad real de un aumento del sufrimiento humano en estos tiempos, donde los silencios desaparecen para dar lugar a la pornografía del ruido, la banalidad y el mal gusto.

Corre y corre la tinta para describir y analizar un capitalismo desenfrenado, provisto de una gula sin antecedentes que se ha apoderado de la conducción global de la sociedad. El capitalismo de camarillas, con su ética de casino y su enfermedad moral a cuestas, han creado un dominio casi absoluto a través de su significación imaginaria central, **la economía y su fundamentalismo de mercado**, resquebrajando las solidaridades humanas y dando paso a una nueva fase en la historia universal de la infamia: la globalización, convertida en un boom para menos del 20% de la población mundial y en un desastre para el resto, que asiste como espectador pasivo de un sistema, donde se subordina el poder de la sociedad al poder financiero, por medio de unos mercados libres que abandonan muchas de sus restricciones geográfico espaciales.

Se ha instaurado un sistema mundo que engloba como una gran red a la mayor parte de las relaciones políticas, económico-sociales y culturales. Ninguna de ellas escapa a su dominio y su dinámica interna ha llevado a pensar que después de la caída del muro de Berlín, no había un lugar distinto para donde mirar más allá de la democracia formal existente y los mercados liberales. Empero, el nuevo paradigma ha profundizado la división del trabajo generando serias fricciones en la infraestructura institucional, dando lugar a una confrontación entre el mundo que nace y el mundo que muere: ¿Qué clase de

sociedad se ha instalado? ¿en manos de quien estamos?. Un capitalismo que intenta dar marcha atrás a conquistas que parecían irrenunciables, anulando las reglas, multiplicando las desigualdades y repitiendo con excesiva frecuencia y profundidad, las crisis.

¿Cómo empezó todo esto?. Después de la segunda guerra mundial se empezaron a sembrar las primeras semillas del neoliberalismo, un fenómeno distinto al liberalismo clásico del siglo XIX. Fue una embestida teórica y política contra el intervencionismo Keynesiano iniciada por Friedrich Hayek, quien en su texto, Camino a la Servidumbre, hace un ataque a fondo sobre cualquier interferencia de los mecanismos del mercado denunciándolos como una amenaza a la libertad no solamente económica sino también política; la intervención al mercado, pese a sus buenas intenciones “lleva a la sociedad al mismo camino del nazismo: una servidumbre moderna” [5].

Lentamente esta ideología fue penetrando en los círculos académicos preparando el espacio para ir construyendo las nuevas bases del capitalismo realmente existente. Un capitalismo libre de reglas para el cual la desigualdad era considerada como un valor positivo del que precisaban las sociedades para poder progresar. La crisis petrolera, Thacher y Reagan después, devino en una especie de pensamiento único, cuyo programa se convirtió en ideología dominante: el mercado es quien resuelve de la mejor forma los asuntos políticos y económico-sociales, de la sociedad; acabar el estado es la clave para construir una civilización liberal donde el sistema de precios actuando lo más libre posible lleva inexcusablemente a la democracia, creciendo económicamente y repartiendo sin engendrar desigualdad y pobreza.

Esta ideología convirtió las leyes económicas en leyes naturales, diseñando unas políticas económicas estándar de aplicación universal: lucha frontal contra la inflación, disminución del déficit presupuestario, equilibrios macro-económicos y niveles impositivos acordes con el crecimiento económico, privatizaciones de los servicios públicos y la seguridad social, lucha contra el universalismo del Estado de Bienestar focalizando los gastos sociales hacia los más pobres y aboliendo el salario mínimo considerado como un obstáculo para la creación de empleo, apertura total de los mercados con libre circulación de capitales, bienes y servicios, suprimiendo los monopolios públicos y con escasa intervención en los privados, etc. Tales políticas se globalizaron, dando lugar a uno de los mayores crecimientos del capitalismo del centro, hasta cuando estallaron las crisis financieras y de confianza, haciendo caer los precios de las acciones en Wall Street y llevando a pensar a muchos que el sueño americano estaba levantado sobre un mar de mentiras y corrupción, donde los hechiceros económicos jugaban en el casino global con un póquer marcado y sin reglas de juego claras y transparentes.

Las masas integradas psíquicamente al mercado, incorporaron su punto de vista básico: todo se vende y se compra; se maximizan beneficios y se minimizan costos, calculando todo en la vida privada y en la vida colectiva. El mercado ya no solo intercambia bienes y capitales, el se ha interiorizado al penetrar todas las capas de nuestra existencia, generando gran tensión y grietas profundas en la globalización: **la economía es global, la política no**. Si la política se globaliza, la democracia queda al desnudo como lo que realmente es: una federación de oligarcas a nivel mundial, con mayores riquezas y niveles de vida que todos los imperios en la historia, por fuera de todo control ciudadano; las multinacionales, rinden cuentas a sus accionistas mostrando la gran distancia entre el poder real y el pueblo que solo atina a dar movimientos de marioneta frente al púlpito donde evacua sus culpas y temores: la pantalla del televisor.

Las crisis recurrentes son las señales de que la economía mundial está en una nueva fase del capitalismo. Desde el corazón mismo del sistema, Stiglitz acusa al Fondo Monetario Internacional – FMI- de causar desempleo, analfabetismo y hambre[6]. El argumento que no hay más que una alternativa para el manejo económico es básicamente falaz. Varios países que han ido en contra de las recomendaciones han logrado crecer, devaluando y aumentando el gasto público a pesar del FMI, mostrando cómo la cuestión no es solamente tener dinero, sino ponerlo en el lugar indicado, llevándolo a las empresas para financiar su producción, buscando que nos preocupemos más por el empleo que por la inflación. Evidentemente, todo ello, sin descuidar los equilibrios macroeconómicos básicos.

Hacer funcionar bien los mercados requiere algo más que controlar los precios; se necesita regulación económica y políticas para la competencia que promuevan la transparencia y faciliten la transferencia tecnológica. Las políticas de ajuste recomendadas sistemáticamente por el FMI y aplicadas casi religiosamente por sus representantes locales, han provocado severas caídas en las economías, pérdidas significativas de empleo, deterioro o interrupción de las políticas sociales y un incremento problemático de la pobreza. Entre tanto, el FMI y sus amanuenses criollos, conminan a las sociedades a cumplir con la deuda honrando acuerdos de crédito a costa de romper el contrato social básico de un gobierno para con su pueblo: proveer empleo garantizando la seguridad social.

Estamos frente a un capitalismo disociador convertido en un cartel sin normas, ebrio de engaños y fraudes, naufragando en un mar de abusos y complicidades, erosionando la argamasa que mantiene unida a la sociedad, su capital colectivo. Este capitalismo producto de la revolución conservadora neoliberal, es el responsable de las múltiples patologías de la sociedad contemporánea; esta, urge la búsqueda de nuevas formas de actuar en la sociedad, donde las degradaciones políticas y las “comidas gratis” de los manipuladores del poder económico sean castigadas severamente a través de regulaciones drásticas que permitan visualizar a la economía mucho más allá que unas cuentas macroeconómicas en equilibrio, preguntando por qué, países con tanto potencial económico, ofrecen un nivel de vida tan precario para las mayorías.

La infraestructura institucional, legal y regulatoria de una economía de mercado es esencial; los mercados, en el sentido amplio, hay que crearlos y la historia, las instituciones y la distribución del ingreso son claves para desarrollar a esos “coordinadores invisibles” de miles de oficios y fuerzas espontáneas que jamás lograran coincidencia entre el interés privado y el interés social. La institución social del mercado como cualquier institución, es una creación humana que impone la intervención social. Ella, por medio de la política, debe otorgarle a la economía su lugar, estableciendo los medios, los fines y su entrelazamiento complejo: no se puede seguir dando soluciones fáciles a problemas complejos, obviando lo más específico de lo humano, la política.

Parafraseando a Trotsky: los individuos y las sociedades pueden no estar interesados en el mercado y la economía, pero no pueden impedir que estas instituciones terminen interesándose por ellos. Hay que cambiar nuestros esquemas mentales y nuestros marcos institucionales. La ideología neoliberal de libre mercado, debe ser reemplazada por una visión más equilibrada del Estado, a partir de las fallas no solo de él, si no de las del mercado. Una sociedad sin intervención activa para corregir asimetrías, injusticias y

corrupciones, es parecida a una representación de Hamlet sin el príncipe.

Los tiempos que corren son tiempos de precarización y miedo; la zozobra, la desconfianza y la inseguridad, se nos revelan como señales inequívocas de la invasión imaginaria central, los mercados, a la psiquis humana, mostrándonos como la sociedad no existe en el vacío, ella es la coproducción psíquica e histórico-social de un mundo donde lo que funciona es este tipo de sociedad, apoyada en ilusiones y frivolidades. Se ha creado un totalitarismo que impide pensar en algo distinto al consumo de mercancías, liquidando la oposición, en un mundo caracterizado por la falta de regularización y controles, donde la colonización de la psiquis por el dinero y el sistema de precios, ha dado lugar a una creación mundial, la globalización de la sociedad, fundadora de una clausura política y cultural, levantada a través de muchos años de embrutecimiento televisivo.

No exageramos, la globalización en curso, ha venido acompañada de una creciente combinación de factores negativos que ocultan cómo con la multiplicación de los intercambios también se logra un mayor incremento de bienestar y riqueza cultural para vastos sectores de la población. Sin embargo, desde los últimos treinta años, somos testigos de cómo al lado del crecimiento del bienestar para algunos pocos, se ha ido creando una inocultable realidad de sufrimiento y marginación en la cual se hallan atezados millones y millones de seres humanos. Las carencias de todo tipo, alimentación, salud, educación, seguridad social, vivienda digna, incluida la posibilidad de acceso al agua potable y al saneamiento y otro gran número de necesidades básicas, conforman el espacio vital de la mayoría de los territorios y ciudades.

Las enormes brechas generadas por las expectativas de mayor bienestar, al irse implementando procesos democráticos y reformas económicas encaminadas a profundizar el papel de los mercados en los procesos económicos, han devenido en un creciente estado de malestar escoltado por especulaciones financieras sin control, incremento de niños ocupados en labores extenuantes, discriminación de la mujer y la erosión en muchos lugares del planeta de buena parte de la riqueza natural, amenazando el medio ambiente y el capital humano y social de nuestras geografías.

Hay que crear lo público sacando al estado de su postración para evitar el asombro con el que Michael Foxt, director ejecutivo de la Financial Services Authority calificó a la situación actual: “hasta ahora hemos ido por detrás de los elefantes limpiando su mierda, como ocurre en los circos”. El “espíritu” del capitalismo es un conjunto de valores culturales, significaciones imaginarias e instituciones que crean mundos, con los cuales los seres humanos tratamos de entender la vida, dándole un sentido y produciendo una adhesión consciente e inconsciente al sistema en el cual querámoslo o no, sepámoslo o no, gústenos o no, nos encontramos inmersos.

Se ha vuelto casi un paradigma, que ningún gobierno, sea cual sea su inspiración doctrinal controla realmente la situación y esto lleva a la resignación social y a una resistencia pasiva, expresada en una drogadicción creciente y en un vacío de significación que favorece la atomización y el desencanto sobre los asuntos públicos, generando en la población estados de ansiedad y depresión. Para entender esta encrucijada de complejas relaciones, es útil acercarse críticamente al pensamiento de Cornelius Castoridis.

## 2. CORNELIUS CASTORIADIS Y LA ECONOMIA

Para pensar la sociedad, la teoría económica es útil, pero incapaz por si misma de darnos una comprensión adecuada sobre la misma. En la sociedad, los argumentos matemáticos formales de la modelación económica son de gran utilidad para construir modelos lógicos pero ellos no pueden suplantar el verdadero pensamiento. El modelo es una construcción lógica, pero para afrontar la realidad en su complejidad hay que dar el “salto” de la lógica formal al pensamiento reflexivo. Si se juzgan los modelos económicos con base en su lógica es forzoso concluir que son muy buenos, incluso muchos de ellos mejores que los realizados por los físicos con sus teorías, pero ellos no explican sino una porción muy limitada de la realidad social, la restante, solo se capta con el pensamiento reflexivo y para ello es necesario la filosofía, la literatura, el psicoanálisis, la antropología, la historia, etc, y no solo el cálculo y la formalización, a través de la lógica formal.

Hoy, cuando ya es más claro que la ciencia ha desencantado al mundo, y sus generalidades expresadas a través de leyes carecen de interés para los asuntos más trascendentes de nuestra vida, los valores particulares y sus avatares, buscamos afanosamente criterios para dar sentido a nuestra diversidad subjetiva, imposible, por su propia naturaleza, de ser reducida a la simplicidad de las leyes universales, a lo calculable, lo cerrado, lo ahistórico: vivimos en lo evanescente, en el presente eterno, en lo que se termina en el mismo momento en que acontece, en un flujo, donde la autoorganización es el proceso esencial de la materia y el arte, “lo que nos queda para no perecer ante la verdad” -Nietzsche-, es la clave para asumir la ciencia como creación cultural y no como un dispositivo carente de axiología y por fuera de la estructura de poder.

Para abordar la sociedad, no es pertinente dejar a un lado la subjetividad; la pseudo-objetividad implícita en el tipo de construcción teórica propio de la ciencia es importante pero insuficiente, ignora que el discurso sobre la ciencia es el resultado de nuestra subjetividad. El objeto de la física es la materia inerte, de la cual deducimos leyes; el de la biología es la fisicoquímica y con ella hacemos bioquímica y biofísica para comprender los **mecanismos** fisicoquímicos que explican las propiedades de los seres vivos. En las ciencias humanas es evidente que no solo funciona aquello que describimos como mecanismo de tal o cual nivel de organización, sino también nuestra subjetividad en las relaciones sociales, y allí hay muchos aspectos de nuestra vida cotidiana que escapan a los procedimientos propios de la investigación científica, interrogando no solo en el por qué y en el cómo, sino en el para qué, en lo que da sentido al ser humano.

La noción de persona, para traer este ejemplo, no puede definirse solamente a partir de categorías de orden biológico, sino que también hay que hacerlo a partir de los derechos como entidades producto de los acuerdos sociales: “todo lo que la biología nos enseña sobre el cuerpo elimina lo que por otra parte la sociedad, la historia y la cultura nos enseñan sobre la persona. Desde un punto de vista estrictamente biológico, la persona no existe, lo que no significa, que la persona no exista en la sociedad. La persona es una realidad social y la sociedad es uno de los elementos más importantes en nuestra vida”[7].

La dimensión puramente instrumental del mercado, es estudiada a través de la economía positiva, la cual permite captar el funcionamiento de los precios y la manera como se asignan recursos escasos a fines alternativos. El modelo más simple, y tal vez el más importante, es el modelo de oferta y demanda. Este modelo, así como el uso estadístico y econométrico, se convierten en muchos casos en instrumentos de exhibición formal de la teoría, más que de corroboración de las mismas, llegando a tener modelos lógicos, mucho más sólidos que los datos que lo verifican.

En teoría económica, una de las herramientas más poderosas es la del equilibrio general, el cual permite considerar la interacción de los diferentes mercados. En estos modelos, un choque o una decisión de política económica sobre una variable o sector específico, e incluso la toma de decisiones de los agentes, tiene efectos sobre otras variables y sectores. Situación esta que no se puede describir sin recurrir a la abstracción y los modelos. La maraña de detalles ínsita en la multiplicidad de variables propia de los modelos computables de equilibrio general, no se puede “ver”, aunque se describe mediante ecuaciones en los modelos; la abstracción destaca las interconexiones esenciales de los mercados; todos los mercados están interconectados y algunos pueden tener mayores repercusiones en la economía, como los mercados financieros y de capitales.

¿Qué determina el precio del mercado? La hipótesis usual en economía es la del equilibrio. Los precios son aquellos que llevan a la oferta y la demanda a ser iguales en todos los mercados. Esta hipótesis, al igual que otras muchas en economía, no es una verdad, ni algo cierto, pero es una aproximación útil y aquellos que no hacen caso de ella están más alejados del entendimiento y comprensión de los fenómenos económicos y en particular del mercado, que aquellos que exageran la prevalencia del equilibrio<sup>[8]</sup>. Empero, el equilibrio es una excepción y los principales problemas materiales se alejan de él, en un flujo indeterminado, donde y para utilizar la conceptualización de Ilya Prigogini, la entropía lleva a bifurcaciones, a la irreversibilidad de la flecha del tiempo donde lo que prevalece es el desequilibrio propio de los sistemas fluctuantes e inestables gobernados por emergencias y procesos de autoorganización o, en la terminología de Castoriadis, emergencia como creación de la alteridad: lo que crean nuevos y diferentes estratos del ser ente/total

En economía, dada su profunda dinámica e incursión en múltiples campos del saber, es bueno consultar posturas democráticas de avanzada, como por ejemplo, las del premio Nóbel de economía en 1998, Amartya Sen<sup>[9]</sup>, quien impulsa políticas públicas que no se subordinan a la sola visión economicista, buscando que el desarrollo no sólo se plantee los problemas económicos de eficiencia y eficacia sino también y de una forma no residual, los problemas políticos de equidad y libertad. Sen, trata de articular los problemas económicos sociales con los políticos para el diseño de políticas públicas. Asume las actuaciones colectivas desde el análisis y la acción, articulando y diferenciando teoría y práctica.

Al mezclar concepciones de mercado y de gobierno, políticas de Estado con el papel de los partidos políticos y los medios de comunicación, abre una vía heterodoxa donde la libertad juega un papel protagónico. Al cambiar la noción neoclásica del capital humano por la más amplia de capacidades humanas – pasando del crecimiento al desarrollo humano- nos enfrenta a la posibilidad de luchar por una vida más libre y digna. La calidad de vida no se reduce a lo meramente material; la vida es mucho más que un

conjunto de relaciones comerciales: el ser humano como ocurre en la antropología política de la complejidad de Cornelius Castoriadis, es un misterio insondable y sus necesidades y deseos, jamás podrán expresarse totalmente de una forma tabular.

Sen, al colocar las capacidades humanas en el centro del proceso de desarrollo da un giro en la forma de entender la satisfacción de las necesidades la cual, para él, no se reduce a la mera adquisición de cosas; penetra en la búsqueda de la igualdad de posibilidades aunque no se disponga de los mismos medios. El énfasis se centra en las libertades humanas y la búsqueda de justicia que sólo se alcanza con la libertad real, no formal, de elegir un estilo de vida, una solidaridad colectiva, un derecho a la diversidad; el punto neurálgico, es cómo ir construyendo un espacio donde los individuos concretos discutan y participen en la creación de las leyes y las instituciones; en últimas, el "desarrollo" no es sólo un instrumento de crecimiento económico sino también lo es de desarrollo social, en su sentido amplio, como despliegue de la totalidad de las capacidades humanas. La teoría de Sen, así como la de algunos institucionalistas tiene el mérito de resaltar las debilidades y limitaciones de la teoría económica, sugiriendo campos nuevos de investigación para ir creando un nuevo paradigma que permita no explicar como lo hacen las ciencias físicas, sino comprender mejor, el mundo real.

El derecho, todo derecho, es una creación humana; por lo tanto, con el "avance" propio del desarrollo económico se crean nuevos derechos y estos se van incorporando "gradualmente" en la sociedad por medio de discusiones políticas que trazan **convenciones** para establecer la relación entre los titulares de derechos y los titulares de deberes, en un marco donde se incluyan los temas y objetivos pertinentes a nivel global, local, comunitario y familiar, formando un sistema de derechos y deberes conocido como el **patrón de derechos**.

La discusión sobre crecimiento y desarrollo es central en esta búsqueda. Crecimiento no es lo mismo que desarrollo. Desarrollo es mucho más que crecimiento. Para visualizar esta discusión, se pueden introducir varios criterios: ¿Cómo se relacionan la economía con la política, para nuestro caso con la sociedad? ¿cómo crear mayores y mejores empleos para atacar la dictadura de la pobreza y por ende sus manifestaciones más traumáticas, el hambre y la ignorancia?. El liberalismo económico ha consagrado los derechos en la ley, pero estos en la práctica no se realizan, la teoría no concuerda con la realidad y prima, como en la más alta creación del liberalismo, la teoría económica, la teoría sobre la realidad.

Para responder las preguntas anteriores, Sen y muchos economistas en los cuales me incluyo, enfatizan en el Desarrollo Humano para no caer en una polarización entre crecimiento y desarrollo, estudiando las condiciones de vida de los más pobres, a través de metodologías que enfatizan en la mejora de la calidad de vida sin omitir el crecimiento económico, pero poniéndolo claramente subordinado a la política. Este camino, es una búsqueda para la creación de sociedades democráticas donde se luche contra el hambre, la ignorancia y la existencia de un hábitat físico e imaginario que garantice en la realidad, no en el papel, una mejor calidad de vida. [\[10\]](#)

La polarización entre crecimiento y desarrollo, es la misma que se da entre eficiencia y equidad, economía y política. Recientemente Jean Paul Fitoussi, presentó esta polarización por medio de una conversación que sostuvo con Keneth Arrow, premio Nóbel

de economía 1972, –quien concibió la teoría pura de las economías de mercado – y ante la pregunta de si era compatible el mercado con la democracia, Arrow sentenció: “El mercado no es compatible en teoría, con ningún sistema político, con ninguna forma de gobierno, ni con la democracia, ni con la dictadura. ¿Acaso no enseñamos en la teoría de los mercados perfectos que toda intervención del Estado no puede por menos que reducir la eficacia de la economía?”<sup>[11]</sup>

En teoría, una cosa es razonar en términos económicos y otra muy distinta hacerlo en términos políticos. La compartimentación del saber, las hipótesis implícitas que presiden todos los debates económicos y los debates políticos han quedado atrapados en esta falsa oposición y no ven que si la función de gobernar interfiere por su propia “naturaleza” con los mecanismos del mercado y éste se refiere a la esfera particular y el Estado a la pública, hay que entender que el mercado es irreductible a la política, pero política y economía, en la realidad, no en la teoría, son ciertamente inseparables.

La teoría económica, levantada sobre su teoría del valor para interpretar la sociedad capitalista, ha caído en una problemática valoración por la homogeneidad, dejando la diferencia, como criterio de exclusividad de sus selectas minorías que son las únicas capaces de disfrutar de los bienes escasos. Al postularse como ciencia, ha pretendido en el campo social presentarse como neutral, olvidando maliciosamente que nuestras teorías científicas más sólidas, donde han derivado sus procedimientos de observación y demostración, y que establecen leyes, las leyes físicas, constituyen una multitud de piezas distintas que no encajan del todo bien. Los modelos físicos tienen limitaciones que han impedido que puedan liberarse de las incertidumbres, desequilibrios e inestabilidades propias de nuestro actual modelo del universo.

Este procedimiento, el de asimilar lo histórico social a lo físico, ha negado lo esencial del ser humano, su capacidad de preguntar, en últimas de pensar y criticar. La ciencia, después de los aportes de la mecánica cuántica de Schrödinger, la relatividad de Einstein o los desarrollos de la biología moderna y la neurociencia, ya no acepta la separación de objeto y sujeto y mucho menos la existencia de una "verdad objetiva" o de una neutralidad de la ciencia; el saber, todo saber es una creación humana, una creación social, impensable por fuera de la axiología. Una buena gestión económica, global o local, depende crucialmente de las restricciones que impone la política. Los valores creados en las ciencias naturales, las metodologías propias del racionamiento científico no son fácilmente extensibles al comportamiento humano sin incurrir como en efecto lo hace la "ciencia" económica en un reduccionismo más próximo a la ideología.

La teoría económica dominante, ha divinizado el uso de los modelos y las matemáticas, diabolizando la discusión política y llegando a ser una versión de ciencia problemática; en esta versión, una buena vertiente de lo que se conoce en la literatura como la teoría neoclásica, se ha construido una supuesta “ciencia social” que en la práctica es la menos social de todas las ciencias, convirtiéndose en un sentido fuerte, en una religión que pretende con su método tener las claves de todo el comportamiento humano. Mientras la ciencia abandona la ilusión de un conocimiento absoluto, la ideología economicista y tecnocrática asume un problemático imperialismo y con sus dudosas categorías se postula como un saber indiscutible y unívoco, expresado en lenguaje matemático con un poder ilimitado no sólo sobre la sociedad sino sobre el individuo. El modelo standar con el que el Fondo Monetario Internacional y el Banco Mundial han tratado de uniformar a la sociedad contemporánea corresponde a esta problemática. Se ha diseñado un

"pensamiento" único en términos espacio – temporales con "leyes" naturales independientes de la sociedad.

El "individuo" dominado por esta religión ya no puede ser considerado un ser libre, soberano, es en la mayoría de los casos como sostuvo Castoriadis, una marioneta que realiza espasmódicamente los gestos que le impone el campo histórico social: hacer dinero, consumir y "gozar". Es supuestamente "libre" de darle a su vida el sentido que quiera, pero en realidad no da sino el "sentido" que impera, es decir, el sinsentido del aumento indefinido del consumo: su "autonomía" vuelve a ser "heteronomía" su "autenticidad" es el **conformismo**, el vacío[12]; no hay autonomía individual si no hay autonomía colectiva, ni "creación de sentido" para su vida por parte de cada individuo, que no se inscriba en el marco de una creación colectiva de significados; una sociedad democrática es una sociedad que cuestiona todo sentido dado de antemano, y donde se libera la creación de significaciones nuevas[13]

En las sociedades capitalistas contemporáneas la crisis de la dimensión cultural se expresa en el derrumbe de la "vivencia subjetiva" un rechazo "inconsciente" de la necesidad psíquica de la vida social de los otros, de la necesidad de la institución llevando a lo que Castoriadis denominó, la privatización de la sociedad haciendo que el individuo ya no le apueste, ya no busque un proyecto relativo a la sociedad, ni su transformación, ni siquiera el de su reproducción /conservación: no acepta las relaciones en que se encuentra atrapado y que reproduce no por pasión sino porque no puede hacer otra cosa, está dominado, alienado por una fuerza impersonal localizada en la red y en el poder intangible pero inmanente de los medios de comunicación que se encargan de embrutecer al individuo y de banalizar la vida, para de ésta forma, garantizar la perpetuación de un statu quo, que los dueños de esos medios, las multinacionales en el poder real sobre los destinos de la sociedad, disfrutan efectivamente.

La teoría económica se levanta sobre un edificio en esencia conjuntista identitario, basado en buena parte de sus procedimientos de análisis en el racionalismo cartesiano – el yo pienso – dejando de lado los aportes antropológicos de las teorías culturalistas, sociológicas y psicoanalistas, donde al entrar en juego los intereses económicos y los deseos inconscientes del ser humano, se cuestiona toda garantía de certidumbre y el "yo deseo" sustituto del "yo pienso" hace cambiar el orden de la certeza y la pregunta filosófica por la verdad es indisociable del afecto y los intereses económicos, mostrándonos como hace con lucidez Castoriadis, lo problemático de construir teorías donde se separe la pasión del conocimiento[14]. Hay que tratar, cuando esto sea posible, de articular en sus diferencias la polaridad dinámica e irreductible entre psique y sociedad: la imaginación radical de la psiquis singular y el imaginario social instituyente de la sociedad.

Esta discusión, desarrollada con amplitud, en la antropología filosófica, ontológica, fundada por Castoriadis, nos remite a la imaginación – imaginación creadora de y no imagen de -: la capacidad de hacer ser lo que no es en el mundo físico y que tiene la capacidad de representar y a su propia manera de presentar para sí lo que lo rodea y le importa al ser vivo y también a su propio ser; no hay percepción para el mundo sino creación de un mundo propio; la historia como creación de lo nuevo, la sociedad como institución imaginaria del sí mismo y del mundo y el imaginario social como potencia, posición de nuevas posiciones imaginarias, que dan sentido al mundo y sostienen la unidad y la identidad de la sociedad. Lo humano es la emergencia de un psiquismo

singular y lo histórico-social con un mundo de significaciones e instituciones imaginarias que crean al individuo y la sociedad. Las significaciones imaginarias constitutivas del mundo imaginario, familia, estado, ley y como ocurre en el mundo capitalista, empresa, maximización de beneficios, minimización de costos, precios, oferta y demanda, dinero y por supuesto el mercado.

El presupuesto marxista de una lógica autónoma del desarrollo de las fuerzas productivas, deja de lado muchas preguntas. Las de economistas modernos como Robert Solow, premio Nóbel de economía 1987, para quien el cambio tecnológico ocurriría por causas no económicas, como los avances en ciencias básicas[15]; las de Cornelius Castoriadis, quien reflexionó constantemente en cuales son las condiciones sociales que están en el origen de la elección de las técnicas, así como la forma en que dichas técnicas y el cambio tecnológico – fuerza poderosa que promueve el crecimiento económico,- es asimilado por la cultura de la sociedad en cuestión; Marx y gran parte de los economistas, olvidan que toda teoría del valor se apoya en últimas en una definición socialmente instituida del mismo, y que en esencia es una definición política.

Lo económico se ha creado y consolidado como un nuevo universal que se presenta como ahistórico y no como creación imaginaria. De esta significación se ha creado la economía de mercado como una institución universal que impone un conjunto de valores, como valores en sí, maximización de beneficios, minimización de costos, eficiencia, etc, donde se confunde lo verdadero como lo supuestamente útil y eficaz, creando una racionalidad que se reduce a relaciones causales y al cálculo. Solo es verdadero lo que funciona eficazmente –racionalidad instrumental – y esto se convierte en un fin y no en un simple medio. Algunos economistas neoclásicos, con sus modelos abstractos postulan que los mercados competitivos son eficientes y las empresas tienen los incentivos para disminuir los costos y producir los bienes que se demandan. Los precios guían a las empresas en sus decisiones de producción y a los hogares en las decisiones de consumo, haciendo operar el mecanismo de la mano invisible que postuló en su gran obra, publicada en 1776, la riqueza de las Naciones Adam Smith:“...no es la benevolencia del carnicero...de la que esperamos conseguir comida, sino de la búsqueda de su propio interés. No nos dirigimos a su humanidad, sino a su egoísmo, y nunca le hablamos de nuestras propias necesidades, sino de sus ventajas”.

La metáfora, mal utilizada, de la mano invisible – el sistema de precios – implica que el egoísmo conduce al bien social: “ buscando su propio provecho, a menudo promueven el de la sociedad, más eficazmente que cuando pretende promoverlo realmente”. Durante los casi doscientos treinta años de la publicación de la “Riqueza de las naciones” la actividad fundamental de los economistas según Ronald Coase, premio Nóbel de economía 1991, ha sido completar las lagunas dejadas en el sistema de Adam Smith, corregir sus errores y perfeccionar sus análisis; para Smith, un tema principal era que las regulaciones gubernamentales o la planificación centralizada no eran imprescindibles para hacer que un sistema económico funcionara de manera ordenada. La economía podía ser coordinada por un sistema de precios – la mano invisible – y además con resultados benéficos: “Los economistas han tratado de formalizar esta proposición; los factores dados son las tecnologías, las preferencias de los consumidores y los individuos que siguiendo su propio interés, son guiados en sus elecciones por el sistema de precios. Los economistas han revelado los requisitos necesarios para que se cumplan los postulados de Adam Smith. En el mundo real, donde dichos requisitos no parecen darse, han propuesto cambios con la finalidad que se puedan cumplir” [16].

La eficiencia del sistema económico depende en gran medida de cómo las organizaciones empresariales manejan sus negocios guiados por la competencia. El interés de los economistas por el sistema de determinación de precios, ha descuidado el mercado o en términos de Coase, de los arreglos institucionales que gobiernan los procesos de intercambio económico que determinan en gran parte lo que se produce: “Un sistema de competencia logra una planificación óptima, ya que una empresa, esa pequeña sociedad planificada, solamente podía continuar existiendo si realiza su función coordinadora a un costo más bajo del que alcanzaría si dicha función se realizara a través de transacciones de mercado; y a un costo inferior de lo que le supondría a otra empresa llevarlo a cabo. Para llegar a un sistema económico eficiente es necesario no solo que existan mercados, también deben existir áreas de planificación dentro de organizaciones de tamaño apropiado”[17]. Su fusión se produce como resultado de la competencia, la cual, en la reflexión de Coase y por medio de lo que él llama los costos de transacción, conduce al surgimiento ex-nihilo de una institución central del capitalismo: la empresa.

Lo que se intercambia en el mercado no son, como suelen suponer algunos economistas, entidades físicas, sino los derechos para realizar ciertas acciones; y los derechos de los individuos son establecidos por el sistema legal, que tiene una gran influencia en el funcionamiento del sistema económico y en algún sentido como sostiene Coase, puede decirse que lo controla: tiene poco sentido que los economistas discutan el proceso de intercambio comercial sin especificar el marco institucional en el que el comercio tiene lugar, ya que este afecta los incentivos para producir y los costos de transacción; sin esta visión, no podemos mejorar nuestra comprensión de cómo funciona un sistema económico real[18].

En un plano, mucho más cercano a lo que en la literatura especializada se conoce como las ciencias de la complejidad – la termodinámica del no-equilibrio - se encuentran las reflexiones de Paul Krugman quien muestra la importancia para el estudio de los problemas económicos centrales de lo “emergente” o en sus palabras, cómo grandes conjuntos en interacción, los consumidores, manifiestan comportamientos colectivos muy distintos de lo que cabría haber esperado de la simple agregación de los comportamientos de los entes individuales: “cuando Adan Smith escribe que el mercado conduce a los que en él participan “como una mano invisible” hacia un resultado que nadie perseguía ¿de que nos está hablando sino de una propiedad emergente?” [19].

No hay en la sociedad un proceso lineal para articular sus dimensiones básicas. Las nuevas determinaciones creadas en cada momento histórico son rupturas, que no son consecuencias lógicas de lo anterior. Hay en el proceso, una tensión conflictiva entre el psiquismo y la sociedad; la ruptura produce una escisión que deja una parte de éste núcleo con una tendencia a cerrarse sobre sí mismo, a crear una representación omnipotente y de totalidad, convirtiéndose en el centro del mundo histórico-social, como en efecto, desde la consolidación de la sociedad capitalista, lo hace el discurso económico.

En el ser humano, siguiendo la argumentación de Cornelius Castoriadis, dicha ruptura, configura lo que Freud llamó la realidad psíquica, como flujo continuo, no funcional e indisoluble de representaciones, afectos y deseos, fuente de creación y alteración permanente; dicho flujo, como el que se da a nivel colectivo, no forma una unidad indiferenciada y compacta sino un conjunto de estratos individuales y colectivos, que no

son capas superpuestas en una sumatoria temporal y/o espacial acumulativa. Cada capa hace parte del proceso de estructuración de la psique en el individuo y de las diferentes formas de sociedad en la historia: psique y sociedad están formadas por multiplicidad de instancias y dimensiones, siempre en conflicto, no en oposición. Hay estratificación, dado que algunas de las instancias a nivel psíquico, o de las dimensiones a nivel social, se encuentran más cerca de la “superficie” que otras.

Acercar este tipo de pensamiento a la teoría económica, no es una empresa fácil. En efecto, el propio Castoriadis que realiza lúcidas apreciaciones sobre la economía y sus efectos sobre la sociedad, no logra articular y diferenciar adecuadamente el orden económico y el orden político; en uno de sus últimos textos, la “racionalidad del capitalismo”[20], Castoriadis cae en una problemática interpretación de la teoría económica y no ve, o mejor, no accede, ni al nivel lógico funcional ni al nivel poiético de la teoría económica. No ve que la teoría económica es una creación de una sociedad determinada, la sociedad capitalista. Por esta vía, no logra mostrar la irreductibilidad existente entre política y economía y mucho menos su inseparabilidad, terminando en una polarización sin mediación alguna y viendo a la teoría económica solamente como una ideología.

Ceguera curiosa para quien planteara, que en toda sociedad se incluyen dos estratos del ser irreductibles e inseparables, base de la complejidad y la creación de nuevas formas: lo determinado y lo imaginario o indeterminado – magmático- que escapa a la determinación y a la lógica conjuntista identitaria. El tejido cada vez singular de estas dos dimensiones, forma las significaciones imaginarias que en cada sociedad presentan un tipo de organización particular. Al instituirse imaginariamente, la sociedad crea la institución primera, la creación de la sociedad misma como sociedad que se da cada vez sus propias instituciones y significaciones.

Las instituciones a las que aluden los economistas institucionalistas[21], evidentemente no son las instituciones que propone la teoría de Castoriadis, las cuales son ilegibles sin su concepción de la psiquis humana y su desarrollo a través de lo histórico social en su teoría de la imaginación. Empero, las instituciones de que tratan los desarrollos de la teoría económica, son instituciones segundas que deberían no ponerse en oposición y exclusión radical, sino articularse creativamente con las teorías de Castoriadis como lo venimos planteando. Los avances de la teoría económica desarrollando esta propuesta, nos pueden llevar a discusiones muy interesantes sobre el mercado libre, y su mano invisible; trabajos realizados sobre las fallas del mercado como los del premio Nóbel de economía 2001, Joseph Stiglitz y en especial los consagrados a la teoría de la información - en los mercados hay información asimétrica y muchos de ellos, son mercados incompletos- sugieren que “uno no puede ver la mano invisible”, es una mano invisible que por no estar ahí en un lugar físico no quiere decir que no exista. Es desde mi perspectiva, una significación imaginaria.

Las reflexiones de Krugman antes mencionadas, avanzan en mostrar cómo para estudios interdisciplinarios de sistemas complejos, se puede, comprendiendo y respetando los principios básicos de la teoría económica, buscar maneras de perfeccionarla para tender puentes hacia otros campos, construyendo a través de lo que en otro lugar he llamado “**complejidad restringida**” un espacio para la construcción de nuevos paradigmas[22], útiles para la reflexión y la acción política concreta, encaminada al diseño de propuestas e iniciativas que rebasen los lugares comunes y traduzcan las abstracciones teóricas en

una agenda práctica que sin omitir el orden imaginario, cree mecanismos funcionales – operativos para realizar estimaciones empíricas para atender los avatares de corto y largo plazo sin omitir evaluaciones sobre la viabilidad política de nuestras propuestas teóricas.

El mercado es una institución social de gran importancia para comenzar a comprender lo esencial de la sociedad capitalista. No actúa en el vacío, lo hace todo el tiempo con las demás instituciones y la totalidad de las dimensiones de la sociedad. Lo hace con el estado y la política, logrando por momentos una adecuada articulación de estas dos esencias de la sociedad que actúan al unísono, complementándose. Mercado libre es una fantasía ideológica que tolera desigualdades abyectas. Hay muchos problemas por supuesto que el mercado no resuelve, pero la abolición del mismo, si es que eso es posible y deseable, es peor que las injusticias del mercado: “la idea de hacer tabla rasa de todo lo que existe es una locura que conduce al crimen... la idea de Marx según la cual podían eliminarse mercado y dinero, es una utopía incoherente” [23]

Los mercados libres de por si no garantizan la eficiencia, y mucho menos la equidad y la justicia; mercado y estado deben trabajar estrechamente para articular coherentemente sus complementariedades construidas sobre la base de diferenciar y enlazar, eficiencia económica y equidad social en un movimiento incesante e interrumpido con el cual se pueda ir construyendo las bases para ir creando un mercado inmerso profundamente en la política, en el bien común, o dicho en dos palabras, **un mercado como un bien público**, solo pensable en una auténtica democracia económica. Un planteamiento como el anterior, no puede olvidar por ningún momento, que lo que conocemos hoy como mercado, no tiene nada que ver con la justicia y la equidad y por lo tanto no es eficaz.

¿Qué es la justicia?: Una convención, una institución, sobre la que los seres humanos a través de la política tienen el poder de modificarla y si es el caso, volverla inútil. La institución es creación socio-histórica y por ello en todo momento puede ser otra; otra institución de la sociedad a partir de un proyecto y un horizonte político. El valor, la igualdad, la justicia y la libertad, son ideas, significaciones imaginarias sociales, por tanto, políticas, que conciernen a la institución de la sociedad tal como ella podría y quisiéramos que fuera.

La teoría, cualquier forma teórica, incluida la teoría económica, solo es un momento de la elucidación, siempre en forma de lagunas y de una manera fragmentaria; la cuestión no es establecer, como lo hacen los fundamentalistas de derecha – en economía, muchos planteamientos de la teoría neoclásica, que llevan a una visión del fin de la historia- y de izquierda, - el marxismo en sus abundantes versiones totalitarias -, de una vez por todas una nueva teoría, sino fomentar una búsqueda teórica constantemente renovada que ayude a esclarecer la realidad cambiante; para ello hay que atacar todo tipo de fundamentalismos, **“si no cambiamos todo no cambia nada” o “si no se aceptan mis premisas y marco lógico, no hay otra forma de pensar”**.

A este tipo de fundamentalismos, hay que oponer otra visión, menos pretenciosa, según la cual, solo damos cuenta de lo provisional y parcial: hay en cada momento de nuestra existencia verdades y errores que si bien nos imponen la necesidad de efectuar un tipo en apariencia de “totalización” esta en todo caso y momento, es provisional, siempre en movimiento y abierto a lo verdadero; hay determinismo, pero este es parcial y no deja ver que lo más difícil de la existencia es asumir lo impredecible y el azar, lo siempre por ser.

La creación de teorías y marcos de acción es una tarea indefinida, nunca termina, se da en un marco vinculado íntimamente a las condiciones sociales de su construcción en una materia activa donde somos al mismo tiempo “actores y espectadores” en este deambular sin horizonte definido meramente en términos determinísticos, que es nuestra vida.

Al tomar distancia de las teorías abstractas propias de la teoría económica, y de los planteamientos filosóficos ontológicos de Castoriadis para entrar en la compleja realidad actualmente existente, tratamos, deliberadamente, de introducir elementos de equidad y justicia social en el interior de la sociedad, tal y como ella es, buscando que la democracia formal corresponda en sus actos, no en el papel, a una democracia sustancial; es mucho más fácil imaginar un proyecto de antemano que un proyecto para actuar en una sociedad capitalista; un proyecto de desarrollo comunista, como nos lo recordara recientemente Gianni Vattimo, en una sociedad capitalista, es casi imposible de imaginar: “Quizás es por esto que la izquierda nunca tomó el poder sin una revolución, porque es difícil llegar con proyectos demasiado diferentes en lo que existe” [24]. En la sociedad de hoy, la izquierda, como lo vemos en muchas partes de América Latina, llega al poder pero sus propuestas en la mayoría de los casos, no transforman realmente, la sociedad.

Pero si la izquierda no logra producir discursos coherentes para actuar en la realidad, las diferentes expresiones de derecha no van más allá de planteamientos retóricos que en últimas niegan la posibilidad de construir sistemas democráticos participativos y con efectos reales sobre los más pobres de la sociedad; esto nos lleva a una reflexión central de Castoriadis: la cuestión de la equidad, por ejemplo, no puede nunca ser asegurada por la ley; la ley, es la cuestión de la igualdad social efectiva entre individuos siempre “desiguales” y distintos: la sociedad no puede existir sin la ley; pero ninguna ley agota, ni agotará jamás la cuestión de la equidad y la justicia social; una sociedad justa, no es una sociedad que adopte definitivamente leyes justas, sino una sociedad donde la cuestión de la justicia se mantiene abierta constantemente; la ley, no es únicamente la ley “formal”, la ley escrita; la ley es la institución de la sociedad, la institución efectiva, social, concreta, que existe solo como dimensión y modo de institución de la sociedad. [25]

En el mundo humano, nada de lo que se hace puede atribuirse a un don “natural”, su esencia es autocreación; no “posee” el logos como una facultad salida de la naturaleza ni como un don, y su ser político tampoco se le ha dado simplemente ni lo ha adquirido de una vez por todas. El ser humano se enseña a sí mismo y así crea; crea la lengua, la reflexión, las pasiones, las pulsiones que dan las leyes a las sociedades y que las instituyen mostrando como las instituciones así creadas solo se mantienen por pasiones – individuales y por interés colectivos-[26]

La discusión con los nuevos desarrollos de la teoría económica apenas comienza, pero las denuncias de Cornelius Castoriadis sobre la evolución del conjunto de las sociedades occidentales, donde al decir de él, [27] asistimos al triunfo casi total, de un imaginario, el imaginario capitalista “liberal”, y la casi desaparición de la otra significación imaginaria de la modernidad, el proyecto de autonomía individual y colectiva base de la actual situación del desarrollo capitalista global y de su gran delirio, su ideología, según la cual estamos en presencia, no solo en teoría, sino en acto, de un sistema racional. Las enormes fallas del mercado presentes aquí y allá, en todas las sociedades donde opera el mercado capitalista hacen que consumidores, productores e inversionistas no tengan, como

pretende la teoría neoclásica convencional, mecanismos claros para protegerse de las contingencias e incertidumbres que enfrentan sus supuestas “decisiones libres”.

En la fina caracterización de la actual sociedad realizada por Castoriadis, nos encontramos en una fase de destrucción histórica que ha llevado al individuo y a la sociedad al vacío, sin poder lograr nuevas significaciones imaginarias sociales portadoras de sentidos. Estamos en un momento de muerte de la política, entendida como la posibilidad de crear nuevas y mejores instituciones sociales, precisamente en el momento mismo en que más se necesita. Asistimos a lo que el propio Castoriadis denominó, el conformismo generalizado, que lleva una aceptación de la actual sociedad y su deformada democracia como únicos caminos para actuar en una sociedad llena de irracionalidades, inequidades e injusticias sociales.

## **A manera de Conclusión**

### **Autonomía o Barbarie**

La globalización económica penetra la sociedad y genera alrededor suyo transformaciones políticas y culturales. La nueva religión se constituye sobre una supuesta racionalidad del sujeto soportado en la libertad de elección política y económica de un individuo soberano, transhistórico y por fuera de la sociedad. Se radicaliza la separación individuo - colectividad y la pregunta de cómo nos hacemos humanos, se confunde con la pregunta de cómo conseguir más y más ilusiones, baratijas y trivialidades llamadas mercancías.

En la última década hemos visto como a medida que los procesos del capitalismo financiero profundizaban en intensidad y densidad su dominación, se reducía y privatizaba al mismo tiempo el espacio vital del ser humano, revelándonos cómo la lucha por la creación de la ciudadanía se ha convertido en un asunto capital de la política contemporánea. La dramática reducción del espacio público-público, viene acompañada de una desespacialización de la sociedad de mercado, mostrándonos cómo la acción colectiva es una alternativa política para contrarrestar la pobreza física y mental que produce el capital por doquier.

La miseria psíquica no es fácilmente perceptible en las estadísticas convencionales, pero ella es un producto que en abundancia genera la sociedad de consumo. En los países pobres empero, la creación de una ciudadanía económicamente activa, no vasalla en lo político es una búsqueda inaplazable; la autosuficiencia económica que no es otra cosa que la capacidad de poder disponer efectivamente de un ingreso, es un elemento esencial para hablar de ciudadanía. Ciudadanía sin autonomía económica es una mera ilusión que oculta una situación cercana al esclavismo de la necesidad.

Pero la meta de alcanzar un bienestar material no agota la totalidad de la experiencia humana y deja sin atender los problemas políticos, psicológicos y estético culturales del individuo; la búsqueda de su bienestar individual y colectivo, en una palabra, la conquista de la autonomía, como criterio básico para mostrar nuestra poca aceptación a las

injusticias humanas y las profundas inequidades y desigualdades que llevan a muchos individuos a soportar degradaciones materiales y psíquicas corregibles drásticamente con el diseño de políticas públicas, donde en su corazón, se de la posibilidad real, de un debate activo y participativo para concretar, no en documentos, cartas jurídicas o leyes, sino en la actividad diaria, un espacio efectivo, para que las palabras bien común y justicia social signifiquen algo más que lo que han significado en las democracias liberales realmente existentes, donde a pesar de poderse aliviar económicamente la vida de muchos seres humanos imperdonablemente degradados por la exclusión, no se lo hace.

Aunque puede resultar necio, es bueno mostrar lo que nos ofrecen los principales guarismos, base no de prejuicios, sino de opiniones basadas en los indicadores y la reflexión. Asistimos a un notable incremento de la pobreza que, si prescindimos de China, ofrece hoy volúmenes muy preocupantes, representados por casi el 60% de la población mundial viviendo con menos de U\$2 dólares al día, y algo así como un 25% cuyos recursos inferiores a un dólar diario la sitúan por debajo del nivel que hemos denominado en nuestras metodologías de medición y cálculo, pobreza absoluta, en su acepción y medición a través de los ingresos. Pero la ruptura, entre crecimiento e igualdad, viene acompañada de otro cúmulo de estadísticas igualmente elocuentes:

- Mientras el 20% más rico de la población se apropia del 74% de los ingresos, el 20% más pobre tiene solamente el 2% y los 2.500 millones de personas que viven con menos de dos dólares al día, es decir la población que se encuentra por debajo de la línea de pobreza internacional –y que representan el 40% de la población total del planeta– obtienen sólo el 5% del ingreso mundial; aun más, un mundo donde el ingreso total de los 500 individuos más ricos es superior al ingreso de los 416 millones más pobres.

- Pero es un mundo que no solamente es desigual a nivel global, los problemas se aumentan cuando observamos las desigualdades regionales: el 50% del PIB mundial es producido sólo por el 15% de la población global y el 54% por países que ocupan solo el 10% del territorio. En el mismo sentido, mientras el 66% de la población en el continente africano recibe menos de US\$1 dólar diario de ingresos, en el Este de Europa esa población representa el 2% y en la Organización para el Desarrollo y la Cooperación Económica (OECD) el 0%. Así mismo, mientras en África Sub-Sahariana los ingresos promedio per cápita en poder de paridad de compra, son US\$ 1.750 al año, en los países de la OECD son US\$ 28.500.

- Las desigualdades entre los países de la región son aun mayores, por ejemplo en África, la región más pobre, un país como Mauricio tienen un ingreso per-cápita promedio de US\$ 10.700, mayor al promedio de todas las regiones, a excepción de la OECD, mientras un país como Sierra Leona tiene ingresos promedio al año de US\$ 518. Y las desigualdades son aun mayores si miráramos al interior de los países, por ejemplo en Colombia, el 20% más rico de la población tiene ingresos similares a los ingresos promedio de España y el 20% más pobre ingresos promedio similares al promedio de Zambia o Nigeria.

Una economía donde se articulen coherentemente la política y la economía, subordinando esta última a la primera, y haciendo de la política un lugar de creación de bienes públicos globales – los derechos humanos, la justicia, la lucha contra la pobreza,

el medio ambiente, el uso de los bienes comunes, la conducción macroeconómica, los precios básicos, tasa de interés, tasa de cambio, inflación y el propio mercado-, son un poderoso mecanismo para la creación de un nuevo orden mundial. La dura realidad de la globalización, puede expandirse a favor de la mayoría de la población, sobre la base de crear, una ciudadanía dotada de derechos efectivos, principalmente el derecho básico, tener un empleo o una fuente de subsistencia sin la cual es imposible atacar la dictadura de la pobreza y su cadena no de valor agregado sino de aflicciones negativas: el hambre y la ignorancia.

Pero seguir dejando actuar a la dimensión económica sin una regulación apropiada, no es el camino para ir creando las bases para la construcción de una sociedad realmente democrática. Lo económico debe concebirse como un medio para alcanzar el fin, no como un fin en si mismo. La pregunta obligada es si la sociedad actual tiene al menos los recursos económicos, para iniciar una reconstrucción masiva de su situación material y psíquica. La respuesta es afirmativa. Si seguimos de cerca, la argumentación de David Held[28] y el debate en curso en el foro mundial sobre globalización[29]y presentamos los ejemplos por ellos esgrimidos, quedaremos bien ilustrados:

En los Estados Unidos el gasto anual en confitería es de alrededor de US\$27.000 millones de dólares, en alcohol US\$70.000 millones, en coches US\$560.000 millones, US\$8.000 millones en cosméticos, US\$20.000 en joyas y US\$17.000 millones – en USA y Europa- en comida para mascotas; cifras similares se presentan en la Unión Europea.

Al tiempo que todo esto ocurre, 50.000 personas mueren diariamente de desnutrición y pobreza. Esto nos lleva a retomar la pregunta: ¿Qué se necesita para realizar un cambio básico en el bienestar de los más pobres? Al menos, tener en cuenta los siguientes requerimientos y contrastarlos con los gastos mencionados anteriormente:

- El monto necesario para llevar a mil millones de personas a superar el umbral de pobreza extrema de un dólar al día es de US \$300.000 millones, cifra que representa el 1,6% del ingreso del 10% más rico de la población mundial

- El gasto anual de proporcionar educación básica a todos los niños sería de US \$6.000 millones, US \$9.000 millones para agua y sanidad, US \$12.000 millones para salud reproductiva de las mujeres y US \$13.000 millones para la salud básica y la nutrición

- Por cada US \$1 que se invierte en asistencia para el desarrollo, se gastan otros US \$10 en presupuestos militares y como es sabido, en la Unión Europea se subvenciona cada vaca con dos euros por día, mientras en el mundo viven más de 1.2 millones de personas con menos de la mitad, de lo que reciben estas vacas; como sería la vida de esa inmensa mayoría de excluidos del mundo si lo tratáramos tan bien, como en los países más ricos trataran a las vacas y a las mascotas.

El PIB nos informa de la escala de la actividad económica, pero no se puede convertir en un indicador del bienestar social; hay que tener presente no solo las externalidades económicas negativas, sino también las políticas, sociales y culturales. Los pasivos para la creación de un hábitat sostenible se incrementan a un ritmo mayor que el incremento

del PIB. La mezcla de pobreza y poco desarrollo humano combinada con la búsqueda de beneficios sin ley promovida por los congresistas virtuales, llamados por la tecnocracia, los mercados, son una perfecta combinación para el fin de la historia, no la que ha venido promoviendo el neoliberalismo, sino la historia de la humanidad, aquella que permitió la creación de esa neoformación desfuncionalizada psíquicamente llamada alegremente y con poca reflexión, homo sapiens.

El desarrollo capitalista viene acompañado como es sabido, de un suministro energético creciente. Las altas tasas de crecimiento poblacional en las ciudades, deben absorber el explosivo crecimiento demográfico, que en la actualidad es de unos 90 millones de seres humanos nacidos cada año – 10.000 personas cada hora – principalmente en países pobres, con requerimientos cada vez más grandes de energía, y como es sabido, donde se da una alta correlación entre su consumo y la pobreza: 1600 millones de personas viven hoy sin electricidad y unas 2400 millones de ellas recurren casi exclusivamente a la biomasa tradicional, como su principal fuente energética.

Con el actual nivel de consumo y como lo ha señalado recientemente, Carlo Rubbia<sup>[30]</sup>, “ las reservas conocidas de carbón, petróleo, gas y energía natural, corresponden a una duración del orden de 230, 45, 63 y 54 años, respectivamente. La longevidad real de la era de los combustibles fósiles, necesariamente limitada, se verá influida, por un lado, por el descubrimiento de nuevos recursos explotables sumamente dependientes del precio, y por el otro, por el inevitable crecimiento de la población mundial y de su nivel de vida. Hoy, caminamos firmemente a una duplicación del CO<sub>2</sub>, dominada por el efecto invernadero, donde la sola respiración de la población, representa ya un 10% de las emisiones globales del mismo.

Cabalgamos ciegamente hacia el desastre. El ser humano depende en gran medida de energía barata y abundante y a pesar de lo insuficiente de las fórmulas de Kioto, estas no son aceptadas aún universalmente y la crisis ecológica y la extrema desigualdad en el reparto de la riqueza entre y al interior de los países se agrava con celeridad y sin que se persiga un intento serio de reorganizar las instituciones sociales y de trabajo, donde se deben incluir el basto entramado de relaciones político-económico y culturales.

Los valores económicos no pueden seguir ocupando el centro de las preocupaciones del ser humano. La economía es importante, pero no es un protovalor ni mucho menos el único valor. Se requiere que ella vuelva a ser un simple medio de la vida humana y no un fin último. Solo así se podrá pensar en crear nuevas instituciones que eviten la destrucción definitiva del planeta. La creación radical de un nuevo sentido que oriente nuestras vidas es una condición para salir no solo de la penuria económica de la mayoría de la población mundial, sino ante todo para salir de la miseria psíquica y moral construida por el mercado capitalista, ampliando la resistencia al conformismo generalizado y luchando para producir un despertar que permita salir del letargo, actuando y luchando no por ampliar la grotesca sordidez de la banalidad reinante y el tedio por ella generado, sino para lograr, una mayor libertad; libertad para hacer lo que nos interesa, discutir, leer, escuchar música, contemplar la naturaleza y participar activamente en los asuntos públicos.

No hay que caer en el Apocalipsis. La explosión demográfica y todo el conjunto de variables a ella asociada, es un problema fundamental que afecta sin duda la calidad del

medio ambiente. El ser humano está sobrerrepresentado en el hábitat, somos excesivamente numerosos. Ahí está buena parte de nuestros problemas y de esto no se habla con claridad. Hay corrientes ecológicas confusas que no aceptan que la explotación de la naturaleza forma parte de la “naturaleza” humana. Siempre ha sido así, y todo viviente, no solo el humano, debe utilizar el medio ambiente y esto en las sociedades, da lugar a un uso político muy problemático de la ciencia recordándonos las tendencias totalitarias del siglo XX, que al utilizar extensamente la ciencia para sus fines, la deformaron en nombre de una ideología que pretendía saber a priori que es lo bueno y que no lo es; más grave, quienes eran los buenos y quienes los malos. Estamos advertidos del mal uso que hacen estas filosofías de las calamidades en curso. El ser humano es parte activa de la naturaleza y ésta no se puede idealizar como algo bueno, en oposición a una humanidad fuente de todo mal. Empero, la destrucción en curso es alarmante.

No queremos transmitir un mensaje desalentador. La urbanización llegó, y es para quedarse. Asistimos a días aciagos, en un mundo urbanizado, lleno de ciudades, pero con muy pocas posibilidades de hacer emerger de sus entrañas al ciudadano propio de lo urbano. Lo peor está por llegar. En este texto, hemos recordado el problema energético y su agotamiento así como las profundas inequidades en la repartición de las oportunidades, pero poco se habla, o si se lo hacen es con enorme timidez, del más grave problema que afrontamos. Me refiero a la pérdida de la diversidad material y cultural debida a la inmensa destrucción en curso de los hábitat histórico-sociales; la desaparición masiva y acelerada de muchas de las culturas que construyeron la historia humana en el planeta y de los recursos biológicos de la tierra nos hacen recordar lo dicho hace ya casi treinta años por el gran naturalista, Edward O. Wilson [\[31\]](#) **“el ser humano al empujar a las otras especies a la extinción, está serruchando enérgicamente la rama sobre la que está asentado”**.

La sociedad vive, y en su movimiento, en su ser, deja advertir el aire nauseabundo que respiran diariamente sus habitantes; los seres humanos que habitan en nuestros territorios se pueden captar vivencialmente al recorrer sus calles y observar la estética de sus construcciones, mostrándonos claramente la necesidad de iniciar una reconstrucción antropológica del mismo: los cambios que demandan los habitantes de nuestras ciudades, no son cambios circunscritos a la política económica y al modelo de desarrollo, que también lo son. Ellos deben ir dirigidos a la totalidad de nuestra existencia: la manera de pensar, de ser y de concebir el universo.

Nuestra existencia no se puede reducir al simple programa de consumos materiales, sino que debe abarcar la totalidad de las posibilidades que se le ofrecen al ser humano concreto en el momento histórico presente; en una palabra, no se puede continuar con la idea de que el proceso de transformación se debe circunscribir solamente a la lucha contra la pobreza, a la distribución de los bienes o al uso de los instrumentos de la política macroeconómica; con este tipo de cambios no se puede salir del vacío político de la contemporaneidad; la política es el único camino que nos permite avanzar en las transformaciones para lograr hacer efectivo el conjunto de las posibilidades humanas, pues solo distribuyendo la riqueza no se logra enriquecer nuestra alma, o mejor, y para no caer en visiones problemáticas heredadas de la filosofía clásica, no se logra enriquecer como decía el viejo Freud, nuestro aparato psíquico.

La crisis de la humanidad es política en el sentido más amplio del término: crisis a la vez

de la creatividad y de la imaginación política y de la participación política de los individuos en la conducción de los asuntos públicos de la sociedad, base del despliegue de la imaginación creadora propia de lo humano. La penetración de la urbanidad sobre los territorios no es un proceso tranquilo, lleva en sus raíces cierta aversión; la creación de una comunidad renovada a partir de una ruptura con el pasado produce miedo, y ese miedo no es otra cosa que el rechazo al "otro"; la antipatía ante la ciudad, para tomar este ejemplo esclarecedor, surge del sentimiento de que ella representa lo extraño, lo mixto, lo amenazante e incontrolable, lo lleno de sorpresas. La polifonía de la ciudad se contrasta frente a los espacios homogéneos y controlables que algunas mentes retrógradas imaginan poder encontrar todavía en una idealizada vida rural.

Las recetas económicas no son válidas universalmente y aplicables en cualquier momento y lugar; las políticas de hoy deben entender que entre los factores productivos los seres humanos con baja calificación son abundantes y por lo tanto su precio es muy bajo. El salario no alcanza para la reproducción material o lo que es lo mismo, la mayoría de los seres humanos no son útiles para el capitalismo global. En términos de teoría económica neoclásica: la productividad marginal del trabajo no se puede incrementar fácilmente y los costos de subsistencia ya es muy difícil reducirlos más. El capitalismo sin una intervención política a la economía, no es sostenible a largo plazo, es, en sentido ético, un mal moral.

La sociedad no es comprensible sin la dimensión política, pero la política no se puede limitar a la discusión sobre los procedimientos. Ella puede y debe discutir la forma misma de la toma de decisiones y la discusión más importante: ¿cómo se establecen, se crean y se destruyen las instituciones? No hay leyes que rijan el funcionamiento social. El fin de la política no es la felicidad que es un asunto privado, es la búsqueda del bien común impensable sin entrar a discutir el ámbito público del mercado y el público-público del poder. Se trata de no eludir la distinción entre lo que no depende de nosotros y lo que sí. Lo que podemos cambiar y transformar y lo que no, lo que depende de nosotros y de nuestros actos, lo que en un nivel más abstracto y profundo tiene que ver con las instituciones de la sociedad.

En el ser humano es posible la creación de la política, entendida como la puesta en cuestión de las instituciones que constituyen la sociedad. La sociedad capitalista ha instituido la riqueza y la pobreza a la que nos hemos referido atrás, dándole una característica muy particular a la sociedad contemporánea, no simplemente como productora de la razón y la racionalidad sino también de la irracionalidad, creaciones en última de la imaginación, la cual puede volver a crear la política, convirtiendo nuevamente al ser humano en ciudadano responsable de sus actos, con capacidad de tejer con suavidad y lucidez lo conjuntista identitario, con lo poético

## Notas

---

[1] Este texto, recoge algunos de los planteamientos realizados en el encuentro sobre Cornelius Castoriadis: “El avance de la insignificancia en el sujeto y en la sociedad” Buenos Aires, Mayo 2005.

[2] Albert Einstein, “Mis ideas y opiniones”, Boton, Barcelona, S.F, Pág.134

[3] Se pueden consultar al menos tres libros institucionales publicados por la CEPAL, que abordan estas materias: a) “Una década de luces y sombras”, América Latina y el Caribe en los años 90, Bogotá Alfaomega grupo editor, 2001, b) Crecer con Estabilidad: el financiamiento del desarrollo en el nuevo contexto internacional. Santiago de Chile, 2000 c) Globalización y Desarrollo, Brasilia, abril 2002

[4] Retomo varios partes de lo planteado en, “La globalización: Integración psíquica al mercado” en, Pánico en la globalización, Fabio Giraldo Isaza, compilador. FICA, Bogotá 2002, pág, 7-26

[5] Friedrich A Hayeck, Camino de Servidumbre, Alianza Editorial, Madrid, Segunda Edición, 1985

[6] Joseph E Stiglitz: a)El malestar en la globalización, Santillana Ediciones generales, Bogotá, 2002.; b) Los felices 90 – la semillas de la destrucción- ,Santillana Ediciones generales, Bogotá, 2003.

[7] Henry, Atlan y Katherin Busquets, Cuestiones, Tusquets, Barcelona 1997, pág 54

[8] William, Breit, Roger W Spenser “Mi vida como economista” ,10 premios nóbel, Keneth J. Arrow, Celeste Ediciones, Madrid 1993 pág. 80

[9] Un texto donde se puede captar buena parte de la propuesta de Sen sin jerga especializada es: Amarthya Sen, Desarrollo y libertad, Planeta editores, Primera reimpresión, Julio 2000.

[10] Se puede consultar, Fabio Giraldo Isaza y Jorge Enrique torres, Hábitat y Desarrollo Humano, Cuadernos PNUD- UN-HABITAT (Investigaciones sobre Desarrollo Humano), Bogotá, 2004

[11] Jean Paul Fitoussi, La democracia y el mercado, Paidos, Buenos Aires, 2004 pág 14-15

[12] Cornelius, Castoriadis, El ascenso de la insignificancia, Ediciones Cátedra, Madrid 1998

[13] Cornelius, Castoriadis, Figuras de lo pensable, Ediciones Cátedra, Madrid 1999

[14] Cornelius Castoriadis, Pasión y conocimiento en Hecho y por hacer – pensar la imaginación-, Eudeba, Buenos Aires, 1998, pág. 147-167.

[15] Robert Solow, a) crecimiento y equidad, editorial Universitaria, Santiago de Chile, 1993; b) el mercado del trabajo como institución social, Alianza Económica, Madrid 1992

[16] Ronald H Coase, La empresa, el mercado, la ley, Alianza Editorial, Madrid , 1994 pág. 208

[17] Ibid

- [18] Ronald H Coase, Op sit pág. 214
- [19] Paul Krugman , La organización espontánea de la economía, Antonio Bosch, editor, Barcelona 1996, página 8
- [20] Cornelius Castoriadis, Figuras de lo pensable, Ediciones Cátedra., S.A, Madrid 1999, pág 65-91
- [21] Existen muchas corrientes; una visión muy comprensible se puede consultar en : Tráinn Eggertsson, El comportamiento económico y las instituciones, Alianza Económica, Madrid, 1995; en una vía mucho más cercana a Castoriadis; Karl Polanyi: La gran transformación – los orígenes políticos y económicos de nuestro tiempo.- FCE, México, Segunda edición, 2003
- [22] Ver: Ciudades y Ciudadanía, la política urbana del Salto Social, Ministerio de Desarrollo Económico, Bogotá 1995 y, Fabio Giraldo Ciudad y Crisis, Tercer Mundo TM editores, Bogotá 1999.
- [23] Cornelius Castoriadis, El ascenso de la insignificancia, Op sit pág. 51
- [24] Gianni Vattimo, “No soy un teórico de la revolución a todo precio”, entrevista con Juan Manuel Mogollón, UN-periódico, Universidad Nacional, Septiembre 4 de 2005, Bogotá, pág. 18
- [25] Ver entre otros: 1) Cornelius Castoriadis, la exigencia revolucionaria, Acuarela libros , Madrid, 2000 2) Cornelius Castoriadis, El Ascenso de la Insignificancia, Ediciones Cátedra, Madrid 1998
- [26] Cornelius Castoriadis, Figuras de lo Pensable, op sit , pág. 32
- [27] Cornelius Castoriadis, Una sociedad a la deriva.....
- [28] David Held, la Globalización tras el 11 de Septiembre en: “Pánico en la globalización, Fabio Giraldo Isaza, compilador, FICA, Bogotá, 2002, pag 132-133.
- [29] [www.open.democracy.net](http://www.open.democracy.net)
- [30] Carlo Rubbia, El mundo de Mañana, hoy. El país, octubre 2 de 2005
- [31] Edward O Wilson, Sobre la naturaleza humana. Fondo de Cultura Económica. Mexico, 1980